



ndo a Barthes

son dientes, cabellos, una nariz, nas con largos calcetines, que no pero que tampoco pertenecen a yo.

parece reclamar la presencia de eriva amenaza con tomarlos y dida larga; cualquier mano sirve i del acercamiento. O para la parecida a una caricia.

la repetición confiando en que se jismo. Repetir o copiar hasta el sobre el sujeto. Imagen de un on gesto minucioso, encuentra as que separan un segundo de

sprende que la fotografía de la vez, muy indiscreta (es mi cuerpo e ella me revela) y muy discreta (quien habla).

es una imagen, una foto es en... La verdad, entonces, es el Sastres y costureras tiemblan cla de ser descubiertos; los cuas de estar se aplastan contra la deslizarse bajo la película de gritos: Se intuye la inauguración como serpiente, como renglón riz de Uerra.

Un cuerpo chato. Lo discreto: Extremos de un desequilibrio, nunca fue. Lo que se habla tanto omo secreto, manto rígido que, e un lado, no sólo debe cubrir del be fundar ese nuevo territorio en

nia más que de la vida improduc produzco, en cuanto escribo es el que me desposesiona (afortun mi duración narrativa).

una anormalidad cuya crónica ubridora. EL estado perfecto no se complace en su propia perman descripción, no concluye sino flora. La línea por la que avanza deprende del brazo que la porta. e deprende, incansable, insisteza, y cae bajo el filo de las ruedas

ada pieza de artillería que cae os Contamos, también, todo lo

que rodea esas piezas, todo lo que no es ellas, lo que se les quitó para que pudieran ser. Un mecanismo de relojería es posible no tanto gracias al tiempo que lo justifica sino a cada movimiento inútil del relojero.

Imaginario primordial de la infancia: La provincia como espectáculo, la historia como olor, la burguesía como discurso.

El teatro: un horacio, algún amigo más o menos, pinceles y tachos de pintura, maderas proliferas o ramas arrancadas, frutas de verano, una pelota marrón oscura y engrasada, un conjuro para ahuyentar las nubes de tormenta, zapallillas tan viejas como el invierno anterior, un balde con dos tercios de agua; nada para hacer a excepción de contar el tesoro.

Extranjeros; el barrio se ha llenado de extranjeros. Hablan otro idioma, cumplen dietas de disgusto, pronuncian mi nombre con el eco de un metro y pico, desordenan los olores de la plazas, mezclan las hamacas en la tarde de un domingo preciso; dicen que es tiempo de decisiones, cuadernos y pequeñas dosis de goma de borrar.

Por allí merodeaba una sexualidad de parque público.

Una cosita brillante nos llamaba de entre el pasto. Era más notoria en días sin sol. El club de la cuadra discutía acaloradamente los pasos a seguir. Las gotas de sudor nos lanian la frente y el labio superior. El chisporroteo se acentuaba en el contraluz previo al anochecer; nos callábamos y obedecíamos la voz de nuestros ojos. Alguien mayor dejaba caer su sombra como un barricada.

La foto de archivo policial, lo prueba. Ese joven de ojos azules, de codo pensativo, será el padre de mi padre. Última estasis de este descenso: Mi cuerpo. El linaje terminó por producir un ser para nada.

Tejer bajo la supervisión implacable de la abuela; colores que en lo ovillos de lana lucía el mejor de los gustos. El futuro daría usos insospechados a los valores conocidos; algo de timidez demoró el camino. Cada padre ve desvanecerse al anterior; casi como reyes. Caer no es un mérito; si lo es este hábito, aún nuevo, de sostener la gravedad.

Mirada con la lupa, esta fotografía es un entramado de puntos a color. Textura ronca, de reflejos vagabundos. La abuela no sabe que su recuerdo está sujeto por esas lanas entrecruzadas. Lo que nada es puede romperse siempre que el pasado no

cruce la linea; el honor cabe entre dos cristales.

Usted es el único que no podrá nunca verse más que en Imagen, usted nunca ve sus propios ojos a no ser que estén embrutecidos por la mirada que posan en el espejo o en el objetivo de la cámara (me interesaría sólo ver mis ojos cuando te miran): Aun y sobre todo respecto a su propio cuerpo, usted está condenado al imaginario.

La rectitud moral de la luz enceguece: sin embargo, una densidad diferente puede hacerla cambiar. ¿Duraría en su primera vez?

Imagen... lo que se ve. Cálculo puesto al parecer de la mirada. Lo directo, dicen, vale más, es más verdadero, no atraviesa zonas contaminadas. ¿Qué es un reflejo sino un haz de luz que ha cambiado de dirección?. La sospecha de duda se daría por buena, titubeo original a expensas de una superficie pulida

Daniel Rubén Mourela, Buenos Aires-1954. Dirigió las revistas "Clepsidra" y "Sr. Neón". En la actualidad dirige la colección de poesía "Libros del Empeñado".

